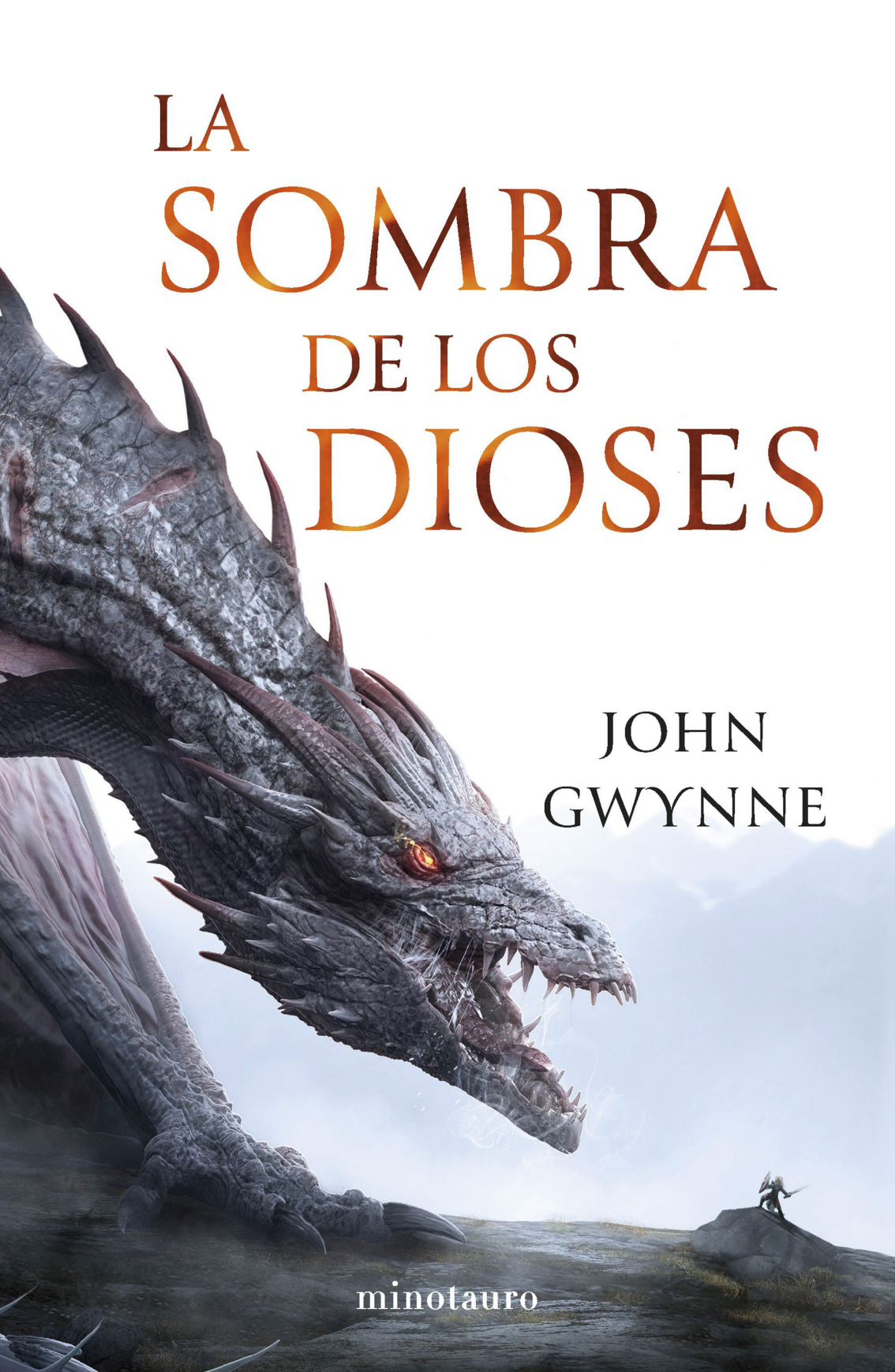




LA SOMBRA DE LOS DIOSES

JOHN
GWYNNE

minotauro

LA SOMBRA DE LOS DIOSES

John Gwynne

minotauro

CAPÍTULO UNO

ORKA

Año 297 de Friðaröld, la Edad de la Paz.

La muerte es parte de la vida —susurró Orka en el oído de su hijo. A pesar de que Breca tenía el brazo extendido hacia atrás, con la lanza de fresno aferrada en su pequeño puño con los nudillos blancos y apuntando directamente al reno que tenían delante, Orka vio la duda en sus ojos, en la tensión de su mandíbula.

«Es demasiado sensible para este mundo de dolor», pensó Orka. Abrió la boca para reprenderlo, pero una mano le tocó el brazo, una mano enorme al lado de la manita de Breca, con la piel áspera a diferencia de la suave de Breca.

—Espera —dijo en voz baja Thorkel a través de las trenzas de su barba. El frío condensó su aliento. Estaba a la izquierda de Orka, sólido y grande como una roca.

Los músculos de la mandíbula de Orka se contrajeron, con las palabras severas ya formadas en su boca.

«En este mundo severo son necesarias las palabras severas.»

Pero se mordió la lengua.

La luz del sol primaveral moteaba el suelo a través de las ramas que se mecían suavemente y destellaba reflejada en la nieve escarchada, el último beso gélido del invierno en aquel bosque de la montaña. En el claro, una docena de renos pacían y un macho con una cornamenta imponente vigilaba la manada de hembras y crías mientras masticaban y rascaban el musgo y los líquenes de los troncos y las piedras.

Un movimiento de ojos de Breca, una respiración contenida, seguida del arranque de un movimiento explosivo: la torsión de sus caderas, el

balanceo del brazo. La lanza salió de su puño y la afilada punta de hierro surcó el cielo silbando. Un orgullo de madre colmó a Orka. Era un buen lanzamiento. En cuanto había visto salir la lanza de la mano de su hijo supo que daría en el blanco.

Durante el mismo latido del corazón en el que Breca arrojó la lanza, el reno que había escogido levantó la mirada del tronco del que estaba arrancando los líquenes. Sus orejas se agitaron y el animal dio un brinco hacia adelante. Los renos de la manada que había a su alrededor se pusieron en movimiento, saltaron y corrieron en torno a los árboles. La lanza de Breca se hundió en el tronco y el asta vibró. Un instante después llegó un estrépito desde el este, un crujido de ramas que se partían, y del sotobosque surgió una figura enorme, con el pelaje del color de la pizarra y unas largas garras, que se detuvo para explorar el claro. Los renos huyeron en todas direcciones cuando la bestia se paseó entre ellos ajena a todo lo que la rodeaba. La sangre manaba de las numerosas heridas que recorrían su cuerpo, tenía los largos dientes recubiertos de una sustancia viscosa y la lengua le colgaba de la boca abierta. Y tal como había aparecido volvió a desaparecer en la penumbra del bosque.

—¿Qué... era eso? —preguntó Breca con los dientes apretados, alzando la mirada hacia su madre y su padre. Sus ojos saltaron de Orka a Thorkel.

—Un lobo demoníaco —gruñó Thorkel, que rápidamente se puso en movimiento dejando a un lado el sigilo del cazador. Se abrió paso por el sotobosque para entrar en el claro empuñando una lanza de gruesa asta y partiendo ramas.

Orka y Breca lo siguieron. Thorkel hincó una rodilla en el suelo, se quitó un guante con los dientes y humedeció las yemas de los dedos con la sangre del lobo. Se llevó los dedos a la punta de la lengua y escupió. Luego se puso en pie y siguió el rastro de sangre hasta el borde del claro, desde donde escrutó la oscuridad que se extendía más allá.

Breca fue a recuperar su lanza, cuya punta se había hundido hasta la mitad en el tronco de un pino, y tiró de ella para extraerla. La punta no salió a pesar de su esfuerzo. Miró a su madre. Su cabello azabache enmarcaba unos ojos verdes grisáceos en un rostro pálido y manchado de barro, con una nariz recta y una mandíbula fuerte. Era la viva imagen de su padre y la opuesta a la de ella. Salvo por los ojos. El niño tenía los ojos de Orka.

—He fallado —se lamentó Breca dejando caer los hombros.

Orka agarró el asta de la lanza con la mano enguantada y tiró con fuerza para arrancarla del tronco.

—Ya —dijo devolviendo a Breca su lanza, que era medio brazo más corta que la suya y que la de Thorkel.

—No ha sido culpa tuya —le consoló Thorkel desde el borde del claro. Seguía escudriñando la oscuridad. Una gruesa trenza de pelo negro entrecano sobresalía de su gorro de lana. Frunció la nariz—. El lobo demoníaco los asustó.

—¿Por qué no ha matado a ningún reno? —preguntó Breca recogiendo la lanza corta que le alargaba su madre.

Thorkel levantó la mano para mostrarle las ensangrentadas yemas de los dedos.

—Estaba herido, no pensaba en la cena.

—¿Qué puede haber herido así a un lobo demoníaco? —dijo Breca.

Silencio.

Orka cruzó a grandes zancadas el claro hasta el otro extremo y examinó con la lanza presta en la mano la tenebrosa abertura por la que el lobo había emergido del sotobosque. Se quedó quieta y ladeó la cabeza. Un sonido débil recorría flotando el bosque como si fuera niebla.

Gritos.

Breca corrió hasta su madre, aferró la lanza con las dos manos y apuntó a la oscuridad.

—Thorkel —gruñó Orka torciendo el cuello para mirar a su marido por encima del hombro.

Thorkel aún estaba buscando con la mirada el lobo herido. Tras realizar una última batida con los ojos por la penumbra del bosque, sacudió los hombros envueltos en pieles, dio media vuelta y se dirigió hacia su mujer.

Más gritos, débiles y lejanos.

Orka y Thorkel intercambiaron una mirada.

—La granja de Asgrim está en esa dirección —dijo ella.

—¡Harek! —exclamó Breca al pensar en el hijo de Asgrim. Breca jugaba con él en la playa de Fellur cuando visitaba con sus padres la aldea para comprar provisiones.

Otro grito, débil y etéreo, llegó a través de los árboles.

—Será mejor que echemos un vistazo —sugirió Thorkel en voz baja.

—Sí —repuso Orka.

Su aliento se condensaba en torno a ellos mientras atravesaban el bosque con el suelo cubierto de un grueso y mullido mantillo de hojas de pino secas. Era primavera y en las tierras bajas ya habían aparecido los primeros signos de la nueva vida, pero el invierno aún se aferraba con uñas y dientes

a aquellas laderas boscosas como si fuera un veterano guerrero encorvado que no quisiera renunciar a su pasado. Caminaban en fila india, con Orka a la cabeza, escudriñando tanto el sendero que seguían, y que había abierto el lobo a través de la maleza, como la oscuridad impenetrable que los envolvía. La nieve vieja y helada crujía bajo sus pies. Los árboles dieron paso a una cresta con escarpados barrancos que caían hacia el oeste; las nubes deshilachadas se deslizaban por el cielo abierto debajo de ellos. Orka echó un vistazo abajo y divisó a lo lejos las delgadas columnas de humo de las chimeneas de Fellur. La aldea de pescadores se levantaba en la orilla oriental de un fiordo profundo y de un negruzco color azul, en cuyas aguas tranquilas rielaba el pálido sol. Las gaviotas lo sobrevolaban y emitían sus característicos chillidos.

—Orka —dijo Thorkel.

Su mujer se detuvo y se dio la vuelta. Thorkel destapó una cantimplora de cuero con agua y se la pasó a Breca, quien, a pesar del frío, tenía la cara roja y sudorosa.

—Sus piernas no son tan largas como las tuyas. —Thorkel sonrió debajo de la barba y la cicatriz que le cruzaba el rostro desde la mejilla hasta la mandíbula le torció la boca.

Orka dirigió la mirada hacia el camino que habían seguido y aguzó el oído. Hacía un rato que no oía gritos, así que asintió a su marido y sacó su propia cantimplora.

Se sentaron un momento en las rocas y contemplaron el paisaje verde y azul como si fueran dioses en la cima del mundo. Al sur, el fiordo más allá de Fellur se adentraba en el mar, y la accidentada costa serpenteaba al oeste y luego al sur, jalonada y recorrida por profundos fiordos y ensenadas. Unas nubes grises como el hierro se amontonaban sobre el mar y su brillo amenazaba nieve. A lo lejos, al norte, una cordillera de montañas con las faldas verdes y las cimas nevadas se adentraba en la tierra y llenaba el horizonte de este a oeste. Aquí y allá se atisbaba el resplandor de un acantilado imponente, y las antiguas raíces de hueso de la montaña no eran más que un destello ceniciento desde aquella distancia.

—Contadme más cosas sobre la serpiente Snaka —dijo Breca mientras contemplaban juntos las montañas.

Orka no dijo nada y mantuvo la mirada fija en las ondulantes cumbres.

—Si te contara esa saga de cabo a rabo, pequeñajo, se te helarían la nariz y los dedos, y cuando te levantas para caminar los dedos de los pies se te partirían como el hielo —dijo Thorkel.

Breca se quedó mirando a su padre con sus ojos verdes grisáceos.

—Ah, ya sabes que no sé decirte que no a nada cuando me miras así —protestó Thorkel con un jadeo, y su aliento se transformó en niebla—. Está bien. Te contaré la versión breve. —Se quitó el gorro de lana y se rasó el cuero cabelludo—. Lo que ves hasta donde alcanza tu vista es Vigrið, la Llanura de la Batalla. La tierra de los Reinos Rotos. En cada palmo de tierra que se extiende entre el mar y aquellas montañas, y un centenar de leguas más allá de ellas, los dioses lucharon y murieron. Y Snaka era el padre de todos ellos. Hay quien afirma que era el más grande de todos.

—Seguro que era el más grande —le interrumpió Breca con voz seria y los ojos como platos.

—¿Quién está contando esta historia, tú o yo? —dijo Thorkel arqueando una ceja negra.

—Tú, padre —respondió el niño agachando la cabeza.

Thorkel gruñó.

—Snaka era el más grande, por supuesto. También era el más viejo, el padre de los dioses. Lo llamaban el Antiguo, y se había hecho monstruosamente enorme, lo cual también te habría pasado a ti si hubieras comido hasta saciarte todos los días desde el nacimiento del mundo. Pero sus hijos tampoco eran para tomárselos a broma. Águila, Oso, Lobo, Dragón..., toda una hueste. Los hermanos lucharon entre ellos y Snaka murió asesinado por sus hijos. Con su muerte, el mundo se hizo pedazos, reinos enteros se desmoronaron, saltaron por los aires, y los mares entraron en la tierra. Aquellas montañas son todo lo que queda de él y sus huesos están cubiertos por la tierra que él mismo destruyó.

Breca resopló y sacudió la cabeza.

—Debió ser un verdadero espectáculo.

—Ya lo creo, muchacho. Cuando los dioses van a la guerra es cosa seria. Su perdición provocó la destrucción del mundo.

—Sí —concordó Orka—. Y con la caída de Snaka se abrió la sima, y los vaesen y todas las demás criaturas de dientes y garras y poder que poblaban el mundo de abajo fueron liberadas en nuestro cielo y mar. —Desde el lugar elevado en el que se encontraban el mundo parecía puro e impoluto, un hermoso y salvaje tapiz de oro, verde y azul tendido sobre el paisaje.

Pero Orka sabía que la verdad era una saga sangrienta. Miró a su derecha y vio en el suelo las gotitas de sangre del lobo herido. Dentro de su

cabeza vio cómo esas gotas se expandían y formaban charcos, más sangre rociaba el suelo, cuerpos fantasmagóricos caían, heridos y destrozados, oyó voces que gritaban...

«Este es un mundo de sangre. De dientes y de garras y de hierro afilado. De vidas breves y de muertes dolorosas.»

Orka notó una mano en el hombro. Thorkel pasaba el brazo por encima de la cabeza de Breca para tocarla. Una inspiración brusca. Orka parpadeó y exhaló un suspiro largo y entrecortado mientras arrinconaba esas imágenes dentro de su cabeza.

—Fue un buen lanzamiento —dijo Thorkel dando unos golpecitos a la lanza de Breca con la cantimplora, aunque seguía mirando a Orka.

—Pero fallé... —murmuró el niño.

—Yo también fallé mi primer lanzamiento en mi primera cacería —repuso Thorkel—. Y tenía once años. Tú solo tienes diez. Además, tu lanzamiento ha sido mejor de lo que fue el mío. El lobo te privó de tu presa, ¿eh, Orka? —Revolvió el pelo de su hijo con una mano enorme.

—Fue un buen lanzamiento —dijo Orka, mirando las nubes al oeste, ahora más cerca. Un viento del oeste las empujaba y Orka percibía el sabor de la nieve en el aire, un frío cortante que crepitaba como la escarcha en su pecho. Tapó la cantimplora, se puso en pie y echó a andar.

—Cuéntame más cosas sobre Snaka —le gritó Breca a su espalda.

Orka se detuvo.

—Qué rápido te olvidas de tu amigo Harek —reprendió a su hijo con el ceño fruncido.

Breca bajó la mirada al suelo, se levantó y siguió a su madre.

Orka condujo a la familia de vuelta al interior del pinar, donde los sonidos se atenuaban siniestramente, el mundo menguaba a su alrededor y las sombras cambiaban, y continuaron ascendiendo por las colinas. A medida que subían el mundo se volvía gris en torno a ellos, las nubes tapaban el sol y un viento frío pasaba silbando entre las ramas.

Orka usó la lanza como bastón cuando el terreno se hizo más escabroso y avanzó por unas rocas resbaladizas que subían como escalones junto a un arroyo espumoso. El agua helada la salpicaba y se filtraba a través de las botas y de las tiras de tela que le envolvían las piernas. Un mechón de pelo rubio se había salido de la trenza y Orka se lo puso detrás de la oreja. Amignoró el paso al recordar las piernas cortas de Breca, a pesar de que sentía un cosquilleo en las venas que hacía vibrar sus músculos. El peligro siempre había tenido ese efecto en ella.

—Estad preparados —dijo Thorkel a su espalda, y entonces Orka también lo olió.

El aroma de hierro de la sangre, la pestilencia de intestinos vaciados.

«El hedor de la muerte.»

Llegaron a una cresta llana donde se habían talado los árboles y se había deforestado el terreno. Delante de ellos apareció una gran cabaña con el techo de hierba junto a un puñado de cobertizos, todos ellos pegados a la pared de un barranco. Una empalizada más alta que Orka rodeaba la cabaña y los cobertizos.

La granja de Asgrim.

En el lado oriental de la granja, un sendero descendía serpenteando de las colinas y llegaba hasta la aldea de Fellur y el fiordo.

Orka avanzó unos pasos, pero se detuvo y levantó la lanza mientras Breca y Thorkel llegaban a la llanura.

Los grandes portones de la empalizada estaban abiertos y en el suelo, entre ellos, yacía un cuerpo completamente inmóvil y con las extremidades descoyuntadas. El viento hizo crujir uno de los portones. Orka oyó el grito ahogado de Breca.

Orka supo que era Asgrim, con sus espaldas anchas y el cabello gris como el hierro. Un brazo peludo sobresalía de la manga desgarrada de su túnica.

Cayó un copo de nieve, un beso gélido en la mejilla de Orka.

—Breca, quédate detrás de mí —dijo avanzando sigilosamente. Los cuervos se elevaron graznando del cadáver de Asgrim, protestando mientras se alejaban batiendo las alas y se posaban en las copas de los árboles. Uno de ellos se instaló en un poste de la puerta y los observó.

Empezó a nevar y el viento arremolinaba la nieve a lo largo y a lo ancho de la llanura.

Orka bajó la mirada hacia Asgrim. Llevaba puestos una túnica de lana y unos pantalones, una buena capa de pieles, un empañado brazalete de plata en un brazo. Tenía el cabello cano y el cuerpo enjuto, y la túnica desgarrada dejaba a la vista sus músculos vigorosos. Había perdido una de las botas. A su lado yacían los restos de una lanza y, un poco más allá, un hacha ensangrentada. En el pecho tenía un agujero y en la túnica de lana había una costra oscura de sangre seca.

Orka se arrodilló, recogió el hacha, la puso en la palma de la mano abierta de Asgrim y cerró sus dedos entumecidos alrededor del mango.

—Emprende el viaje de las almas con una hoja en el puño —musitó.

Oyó a su espalda la respiración de Breca, un jadeo irregular. Era la primera persona que veía muerta. Había visto muchos animales muertos, pues había ayudado en numerosas ocasiones a sacrificarlos para la cena, a destriparlos y a desollarlos, a poner en remojo los tendones para coser y atar, a curtir el cuero para las botas, los cinturones y las fundas para los cuchillos seax. Pero ver a otro ser humano a quien habían arrancado la vida era una cosa muy diferente.

«Al menos la primera vez.»

Además era un hombre a quien Breca había conocido. Había visto el brillo de la vida en él.

Orka concedió un momento a su hijo, que contemplaba el cadáver con una expresión de estupor en los ojos. A un par de pasos de donde estaban había un charco de sangre en la hierba y un rastro en el suelo que se alejaba de él, como si hubieran arrastrado un cuerpo herido.

«Así que Asgrim hirió a alguien.»

—¿Era él quien gritaba? —preguntó Breca sin despegar los ojos de Asgrim.

—No —respondió Orka mirando la herida en el pecho del muerto. Una puñalada en el corazón; debió ser una muerte rápida. Mejor así, porque las bestias carroñeras ya habían picoteado su cuerpo. En los ojos y en los labios tenía unas heridas rojas causadas por los cuervos. Orka puso una mano en la cara de Asgrim y levantó lo que quedaba de su labio superior para mirar dentro de su boca. Encías y alvéolos ensangrentados. Frunció el ceño.

—¿Dónde están sus dientes? —preguntó en voz baja Breca.

—Los tennúr lo atacaron —gruñó Orka—. Les gustan más los dientes humanos que a una ardilla una nuez. —Echó un vistazo alrededor escrutando la línea de árboles y el estriado barranco en busca de algún indicio de las pequeñas criaturas de dos patas. En solitario eran un fastidio, pero en manada podían ser letales, pues tenían unos dedos huesudos y afilados y unos dientes que cortaban como cuchillas.

Thorkel rodeó a Orka y entró sigilosamente en el recinto, trazando un arco amplio en el aire con la punta de la lanza mientras investigaba.

Se detuvo y levantó la vista hacia la chirriante puerta.

Orka pasó por encima del cadáver y se paró al lado de Thorkel.

Había un cuerpo clavado a la puerta, con los brazos extendidos y la cabeza caída.

Idrun, la esposa de Asgrim.

Ella no había tenido una muerte tan rápida como su marido.

Tenía el vientre rajado y los intestinos se apilaban en el suelo, enmarañados como si fueran una enredadera en el tronco de un roble centenario. Aún despedían calor y humeaban mientras la nieve se depositaba en sus curvas resplandecientes. El rostro de la mujer había quedado petrificado con un rictus de dolor.

«Los gritos eran suyos.»

—¿Quién habrá hecho esto? —masculló Thorkel.

—¿Vaesen? —sugirió Orka.

Thorkel señaló las runas grabadas en la puerta, todas con ángulos agudos y líneas rectas.

—Una runa de protección.

Orka negó con la cabeza. Las runas protegían de todo menos de los vaesen más poderosos. Miró de nuevo a Asgrim y la herida en su pecho. Los vaesen rara vez usaban armas, ya que la naturaleza los había dotado de instrumentos de muerte y destripamiento. Había unas manchas oscuras en la hierba: sangre coagulada.

«Hay sangre en el hacha de Asgrim. Hubo más heridos, pero se los llevaron.»

—¿Han sido personas? —murmuró Thorkel.

Orka se encogió de hombros y una nube de aliento condensado salió de su boca mientras pensaba en ello.

—Todo es mentira —masculló Orka—. Lo llaman la Edad de la Paz porque la guerra antigua ha terminado y los dioses han muerto, pero si esto es paz... —Alzó la mirada al cielo, hacia las nubes bajas y la nieve que ahora caía copiosamente, y de nuevo miró los cadáveres ensangrentados—. Estamos en la edad de la tormenta y el asesinato...

—¿Dónde está Harek? —preguntó Breca.